

# La lucha por el poder en los años veinte

---

La disputa sobre el “socialismo en un solo país” se insertaba en un contexto más general: el de una activa lucha por el poder. En más de un sentido, esa lucha se había iniciado en los dos últimos años de vida del propio Lenin, caracterizados por una prolongada enfermedad. En abril de 1922 Stalin, un dirigente bolchevique valorado por su eficiencia y lealtad, había sido nombrado secretario general del Partido. Por lo que parece, Lenin, relativamente alejado de la vida política, no vio con buenos ojos el ascenso de una figura como la de Stalin, en la que acaso apreciaba se daban cita todos los defectos de la burocratización que iba ganando terreno por momentos. En sus escritos postreros Lenin había acometido, por lo demás, una revisión de viejas concepciones que alguna semejanza guardaba con la protagonizada por Marx en los años setenta y ochenta del siglo XIX: más propenso a rebajar la importancia de la industrialización capitalista en Rusia, el dirigente bolchevique se mostraba consciente de las enormes dificultades del proceso de construcción del socialismo y asumía en los hechos una crítica, bien que rara vez verbalizada, de muchas de las decisiones adoptadas en los años anteriores. Incapaz, de cualquier modo, de contrarrestar de forma eficiente las tendencias dominantes en el Partido y en el Estado, Lenin murió en enero de 1924, dejando pendiente, entre otros muchos problemas, el de su propia sucesión.

Privado del respaldo de Lenin, Trotski, que era poco menos que un recién llegado al Partido, no estaba en condiciones de aspirar a la dirección de éste, y ello pese a sus enormes capacidades intelectuales y políticas, demostradas en el proceso de construcción del Ejército Rojo o en su defensa, claramente precursora, del sistema de planificación. Esto aparte, tanto Stalin como Zinóviev y Kámenev, tres de los principales dirigentes bolcheviques, pusieron inmediatamente manos a la tarea de limitar las posibilidades de movimiento de Trotski. El comportamiento de Stalin se caracterizó, en particular, por un constante esfuerzo para mostrar la vinculación entre sus propuestas y actitudes y las defendidas por Lenin; esta circunstancia permitió que en aquellos momentos Stalin hiciese suyas, de manera paradójica, observaciones -así, las realizadas sobre la burocracia o el chauvinismo ruso- que Lenin había emitido precisamente con el propósito de criticar al propio Stalin.

Una carta redactada por Trotski en octubre de 1923, en la que reclamaba una “democracia de partido” que sustituyese a la burocracia en ascenso, sirvió a Stalin, Zinóviev y Kámenev para arrinconar a su principal opositor. Tras algunos devaneos y negociaciones, la respuesta de Stalin, en diciembre, iniciaba una larga campaña de denigración de la figura de Trotski. Este, titubeante, inoportunamente enfermo, incapaz de plantear un programa alternativo y escasamente apoyado dentro de un Partido en el que él mismo se había encargado de descabezar oposiciones y de imponer una militarizada línea de pensamiento, apenas consiguió que sus ideas se abriesen camino. Prefiriendo ignorar el innegable talento táctico, y la falta de principios, de Stalin -quien no dudó en incorporar al Partido, sin cautela alguna, a medio millón de trabajadores para así responder a las quejas por la “desproletarización” de aquél-, Trotski era tributario, además, de un peculiar sentido de la disciplina: en su opinión no se podía tener la razón frente a un partido cuyas políticas, por consiguiente, no era saludable contestar. Durante mucho tiempo esta circunstancia le impidió entrar en oposición a sus compañeros de militancia, e hizo que dedicase escasa atención a la busca de alianzas y apoyos. Los escritos de Trotski tenían, por otra parte, una escasa difusión, toda vez que su autor

prefería mantener su disensión en el estrecho círculo configurado por la dirección del Partido.

En enero de 1925 Trotski fue destituido de su puesto de comisario del pueblo para la Guerra. Eran momentos en los que Zinóviev y Kámenev, visiblemente preocupados por el reforzamiento del poder de Stalin y por las concesiones a los campesinos implícitas en la NEP, decidieron pasar a la oposición. Sus apoyos respectivos en Leningrado -así había empezado a llamarse la vieja capital tras la muerte de Lenin, en 1924- y en Moscú se habían visto sin embargo, notoriamente mermados y las perspectivas de una aproximación a Trotski, dados los antecedentes, no parecían muchas. En varios años: era la primera vez, sin embargo, que existía una oposición clara en el interior del Partido. “Aunque fue perseguida y reprimida, estuvo -a causa de su pertenencia al partido gobernante, del renombre de sus dirigentes y, no en último término, de motivos que tenían que ver con la tradición partidaria- a cubierto de un ataque directo de la policía política; dentro de ciertos límites supo preservarse un terreno de acción legal” (Reiman, 1982, 14-15).

En el trasfondo de este proceso se hallaba, como es fácil suponer, una agria polémica sobre la conveniencia o inconveniencia de revisar la NEP. Un nutrido grupo de políticos y economistas, entre los que se contaban, bien que con matices diferenciadores, los citados Trotski, Zinóviev y Kámenev, junto con Preobrazhenski, Radek o Smilga -la llamada “oposición de izquierda”-, apostaba con claridad por un rápido desarrollo industrial que era impensable en los términos en que la NEP se estaba desplegando. La “oposición” estimaba que el desarrollo industrial debía verificarse en virtud del trasvase de recursos del sector privado -en su mayor parte agrario- a la industria estatal, no sin remarcar que los principales perjudicados habían de ser las clases más acomodadas, de tal forma que los proletarios y los campesinos más pobres no debían experimentar ni presiones ni reducciones en su nivel de vida. A lo anterior había de agregarse el respeto a formas más democráticas de dirección política y económica.

Desde la dirección del Partido, Stalin, secundado por Bujarin y por Ríkov, defendía un proyecto diferente. La independencia con respecto a los avatares del mundo exterior era uno de sus elementos centrales, como lo era el mantenimiento de niveles más o menos moderados de inversiones en la industria. En su esencia, con anterioridad a 1928 la dirección estaliniana respaldó el esquema teórico en el que se sustentaba la NEP. Del lado de Stalin los primeros signos de transformación en sus concepciones afectaron, sin embargo, y en una paradoja más, a su actitud con respecto a las relaciones económicas externas. El avivamiento, a finales de 1926, de la polémica sobre las condiciones que habían de permitir un claro despegue industrial se tradujo en una pronta sugerencia de que era menester acrecentar los niveles de comercio exterior, para lo cual el propio Stalin se avino a flexibilizar las fórmulas monopolísticas imperantes. Esta actitud casaba a la perfección, de cualquier modo, con los nuevos contenidos de una política exterior cada vez más concesiva y menos amenazadora para las potencias capitalistas. Con todo, la luna de miel con “Occidente”, de la que antes hemos dado cuenta, se interrumpió de manera brusca. Al interpretar que la URSS seguía manteniendo una política exterior agresiva, demostrada por sus movimientos en el lejano oriente, el gobierno británico, acaso guiado por razones de política interna, rompió las relaciones diplomáticas con Moscú en mayo de 1927 y provocó un inmediato hundimiento de las relaciones comerciales. El Reino Unido era el principal socio comercial de la URSS, y su actitud parece que arrastró también a Francia, Alemania y, en menor medida, a otros países. El clima de entendimiento efímeramente alcanzado tocaba a su fin, tanto más cuanto que en la URSS se volvía a sentir la amenaza de una eventual intervención militar protagonizada por las potencias capitalistas o, en su defecto, por la Polonia de Pilsudski, que no ocultaba

su interés por Bielorrusia. La efervescencia política alcanzaba también cotas importantes, por otra parte, en Ucrania y en Georgia.

Aunque todos estos factores parecían propiciar un giro represivo en las actuaciones gubernamentales, en el verano de 1927, y a instancias del comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, Stalin alentó un comportamiento más moderado en relación con el Reino Unido. Por añadidura, no dejó de mostrarse condescendiente con una oposición cuyas capacidades, dada la crisis que atenazaba a la URSS, se habían incrementado -al menos así lo entendían los especialistas en política internacional- de manera sensible. La actividad opositora experimentó un notable auge en el otoño de 1927, extendiéndose a un buen número de ciudades y a las propias fuerzas armadas. Las críticas no sólo afectaban a la política exterior oficial sino también, y de modo muy especial, a los términos en que se estaba desarrollando una NEP en declive y a sus nefastas consecuencias sobre las capas más pobres de la población. No faltaban tampoco sugerencias de introducción de fórmulas democráticas en el funcionamiento del Partido, de devolución a los soviets de las atribuciones que se les habían hurtado o de reconocimiento de los derechos de las naciones. La liberalidad exhibida por Stalin tocó a su fin, sin embargo, en el mismo otoño. Las actuaciones contra la oposición arreciaron, con acusaciones entre las que se contaban la de preparar un golpe de Estado y la de violentar la legalidad interna del Partido. El XV Congreso de éste, celebrado en diciembre, se saldó con un nuevo revés para la oposición: incapaz de imponerse en las conferencias locales organizadas al efecto, todos sus miembros presentes en el Comité Central perdieron tal condición, al tiempo que Trotski y Zinóviev eran expulsados del Partido. Mientras tanto Zinóviev como Kámenev se ocupaban, estérilmente, de denunciar el “trotskismo”, en la confianza acaso de recuperar el terreno perdido, Trotski era deportado al Asia central. En los hechos, el último acto público importante de la “oposición de izquierda” se desarrolló en Moscú el 19 de noviembre de 1927. A partir de entonces, y en las palabras de M. Reiman, “toda oposición fue directamente un delito político penado con las más duras sanciones” (Reiman, 1982,71).

Como más adelante veremos, los moderados que habían apoyado a Stalin no salieron mucho mejor parados que la “oposición de izquierda”. Aunque conservaron durante un tiempo su condición de privilegio, el hombre al que acababan de encumbrar les pasó, a la postre, factura. Stalin -que durante su posterior giro en beneficio de la colectivización forzada y la aceleración industrial no pareció descartar un pacto con los restos de la “oposición de izquierda” para así desplazar a los sectores más moderados, en los que no había dudado antes en apoyarse- supo explotar a la perfección la debilidad, la división y la falta de proyecto político que, pese a todo, exhibieron sus detractores. La mayoría de estos últimos, recubierto s casi siempre de un renovado lenguaje “obrerista”, se hallaban separados de su eventual base social por un Partido en el que su propio comportamiento -lo hemos señalado unas líneas antes en referencia a Trotski- había creado las condiciones para una formidable concentración de poder en la cúpula, además de propiciar la desaparición y el descabezamiento de todas las organizaciones populares independientes. El proceso que habían padecido los soviets, los comités de fábrica o las organizaciones mencheviques y socialistas revolucionarias se repetía ahora, dentro del propio Partido Comunista, en perjuicio de muchos de quienes habían sido los verdugos en los primeros años de la revolución.

Texto extraído de: La Unión Soviética. El espacio ruso-soviético en el siglo XX.  
De Carlos Taibo. Págs. 78-81. Editorial Síntesis.  
Madrid 1999.